

“Aunque era cuando allí se mataban a diario, fue un nombramiento precioso, me respetaban y me querían, y yo a ellos”

AURA N. ALFARO
aalfaro@elnuevodia.com

Para Eric Díaz Rodrigo, mayor del Ejército de Salvación a cargo del Centro de Rehabilitación de Adultos, en Puerta de Tierra, la vida se resume en impacto, transformación y superación. Cambio positivo para él y para los cientos de personas que ha tenido el privilegio de ayudar a través de sus 45 años con el movimiento evangélico internacional.

El primer impacto, el que cambió el giro de su vida, lo recibió a la corta edad de nueve años, cuando regresaba a su casa desde la escuela, donde cursaba el tercer grado. Caminaba por la avenida Américo Miranda, en Río Piedras, cuando de pronto divisó una banda de músicos, tocando a la entrada de un edificio, y quedó fascinado. “Para mí, eso era algo especial, porque nunca había visto una banda, eran todos americanos y tenían unos uniformes preciosos”, relata Díaz, en un tono reverente, como si estuviera hablando de seres celestiales.

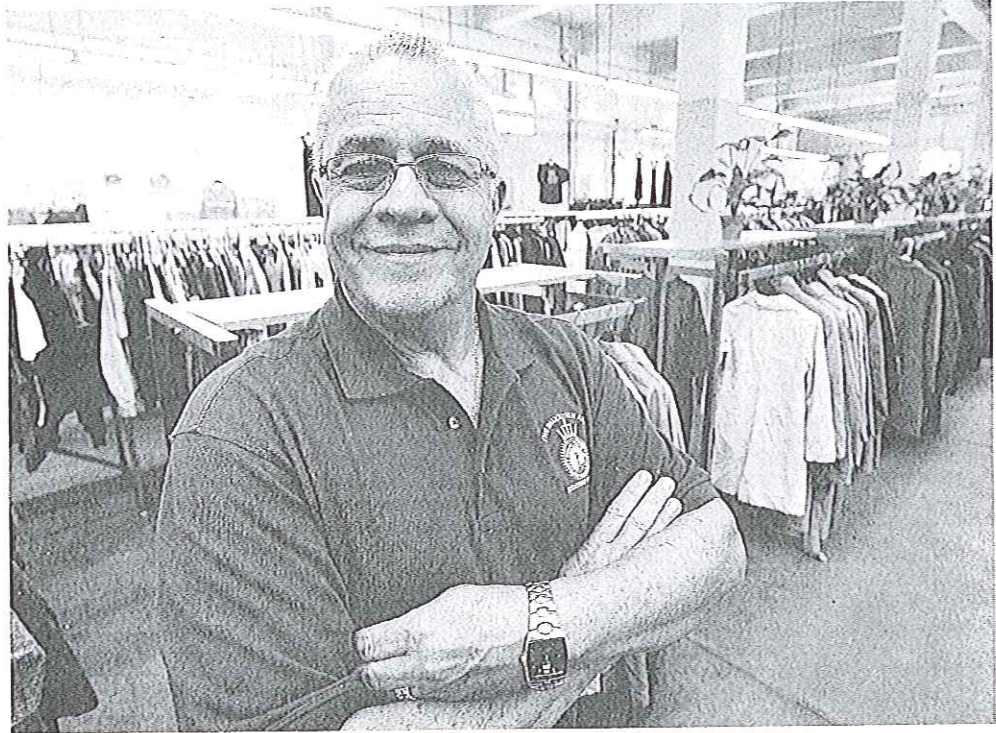
Al acercarse al concierto escuchó que anunciaban que era la primera vez que el Ejército de Salvación venía a Puerto Rico, que “estaba abriendo obra por primera vez en la Isla”. Tocaba la banda de Nueva York. “Me impactó, porque cuando me acerqué el capitán, de nombre Richard Shaffstall, me invitó a pasar a la capilla”, dice Díaz, recordando incluso que luego le ofrecieron refrigerios.

La transformación comenzó a los dos meses, cuando se hizo miembro de la iglesia del Ejército, ahí mismo donde había tocado la banda, a pocas cuadras de su casa, donde vivía junto a su padre y otros ocho hermanos.

En 1970, luego de graduarse de escuela superior, a los 18 años, tenía la opción de entrar a la universidad o ingresar en la escuela de adiestramiento del Ejército, y optó por la iglesia. Fue enviado a cursar los dos años de interno en la escuela de oficiales, que era en el Bronx, Nueva York. Allí se adiestró en teología, consejería, finanzas, como parte de su preparación de ministro.

Otro impacto le esperaba cuando, a los 20 años y aún soltero, recibió su primer nombramiento como oficial del Ejército de Salvación. Fue designado a La Perla, en el Viejo San Juan. Allí abrió una capilla y comenzó a trabajar con niños y con mujeres.

“Aunque era cuando allí se mataban a diario, fue un nombramiento precioso, me respetaban y me querían, y yo a ellos”, sostiene el oficial. Era invitado a comer en sus casas. Cuando asesinaban a alguien, le buscaban para ofrecer los servicios religiosos y cuando celebraba



TITO GUZMÁN

Entregarse o lo opuesto de rendirse

un culto en la calle, los traficantes apagaban las vitrolas.

De aquellos niños de los que se ocupó, le consta que varios lograron superar sus circunstancias. Uno de ellos es profesor, otro es ministro y un tercero es el mejor constructor de tablas de surfear en la Isla.

Durante ese tiempo conoció en un campamento del Ejército en Aibonito a su futura esposa, Iris de la Rosa, hoy también mayor como él, una joven puertorriqueña “muy activa y muy inteligente” del Viejo San Juan. Eran de la misma fe y tenían historias similares. Cuando joven la madre la enviaba para la iglesia católica y ella

se desviaba e iba a la del Ejército.

La futura suegra se opuso a una boda que no fuera católica, y se oponía a que su hija se casara en uniforme del Ejército, requisito de la iglesia. Pero terminaron casándose, cosa que hizo el mismo capitán Shaffstall que lo había invitado a pasar a la capilla cuando niño.

La iglesia envió a los recién casados a Caguas, sin nada de dinero. “Nos daban \$400 mensuales y dijeron ‘vayan allá, busquen el dinero y levanten la obra’”, dice Díaz. En 1978, lo enviaron a Orange, Nueva Jersey, a dirigir una obra que era el otro extremo, un centro comunitario de servicio completo, con un centro de envejecientes y un presu-

puesto grande. “Yo no podía dormir, pero logramos echar hacia adelante”, comenta.

Un posterior reto fue como asistente en un centro de rehabilitación para adultos, con 155 participantes, en Hempstead, Nueva York, para que obtuviera experiencia. Enfrentaron situaciones difíciles por ser boricuas, pero fue precisamente su idioma y cultura hispana lo que les sirvió para ayudar al grupo de salvadoreños que entonces había allí.

Con el tiempo, pasó a ser administrador de un centro con 10 tiendas, en Springfield, Massachusetts, por dos años. “Era un centro con un gran déficit, y con la experiencia que ya tenía logré sacarlo de la situación, sin tener que pedirle fondos a la oficina de Nueva York”, expresa.

Y cuando mejor estaba, le avisaron que sería transferido a Puerto Rico. “Dije, ay, no puede ser...”, era junio y tuvo que luchar para encontrar escuela para sus hijos, que no sabían español. Al arribo a la Isla en 1989 le asignaron el Centro de Rehabilitación de Adultos, en Puerta de Tierra, San Juan, donde trabaja con hombres adictos a drogas y alcoholismo, con capacidad para 36 participantes. Y tiene tres tiendas.

“Ya llevo 20 años, y aquí espero jubilarme”, concluye.